

SARA MOLPECERES ARNÁIZ, *Pensar en imágenes. Los conceptos de mito, razón y símbolo en la cultura occidental*, Murcia, Universidad de Murcia, 2013, 342 págs.

Dice Sara Molpeceres en las *Notas preliminares* al volumen que ocupa esta reseña que la intención original al concebir esta obra era hacer una “historia del mito a lo largo de la cultura occidental” (Molpeceres, 2013: 13). Desde casi la prehistoria hasta nuestros días, los mitos han acompañado el caminar del hombre de forma continuada, entendidos, interpretados y utilizados de diversas maneras por las diferentes corrientes e ideologías —bien dominantes, bien heterodoxas— que los analizaban en cada época. Sin embargo, amén de ser un elemento de difícil definición, el mito no ha transitado aislado por nuestra vida; anejos a él orbitan temas como el lenguaje, el pensamiento, la epistemología, en torno a los que han corrido ríos de tinta y que se relacionan muy profundamente con lo tradicionalmente considerado como el opuesto del mito: la razón. Así, dado que el estudio de uno no podía estar completo sin el del otro, “la obra se convirtió en una historia de las relaciones entre el mito y la razón a lo largo de los siglos” (13).

Pensar en imágenes. Los conceptos de mito, razón y símbolo en la cultura occidental es, pues, una monografía consagrada al análisis de la concepción que cada época, desde la Antigüedad grecorromana hasta nuestros días, ha mantenido acerca de mito y razón, así como también en torno al símbolo, concepto fundamental cuya interpretación ha ido variando pero que, desde muy pronto, se vio vinculado al mito y a la concepción del mundo que este entrañaba.

Si miramos a nuestro pasado, la evolución de la historia cultural de occidente ha tenido lugar en medio de una tensa lucha entre lo mítico y lo racional como métodos válidos de conocimiento. Este conflicto entre *mythos* y *logos*, cuyo comienzo y fin suele emplazarse en la Antigüedad griega, rebasó las fronteras espaciales y cronológicas de la Hélade hasta alcanzar nuestro mundo y nuestro tiempo. El triunfo de la filosofía hizo de la razón y de la ciencia el único método válido de conocimiento, relegando los mitos a meras “ficciones”, “adornos”, una de cuyas consecuencias últimas es el que entre las acepciones modernas de la palabra *mito* destaque la de “narración maravillosa”, según el DRAE, habiéndose desprendido ya de cualquier revestimiento profundo o epistemológico que este término pudiese poseer. Sin embargo, hoy

por fin se reivindican corrientes y autores de esa historia cultural que, apartados por el pensamiento racionalista, defendieron el mito como método válido de conocimiento y vehículo transmisor de elementos universales, el mito como ente *creador*. En esta línea, la monografía que nos presenta la autora se reviste de una importancia fundamental, al revisar y presentar el pensamiento crítico de estos “olvidados” que, como una *rara avis*, sirvieron de puente entre el antiguo pensamiento *mítico* y nuestros días.

La obra se divide en siete apartados, el primero de los cuales estudia “El mito en el mundo antiguo”. Retrotrayéndose a los primeros albores de la humanidad, este camino mítico pronto centra su atención en el mundo griego, donde el material mítico estaba íntimamente ligado al arte poética y, por ende, a la literatura. En torno al siglo VI a.C., la presencia de los mitos decaerá para dar paso a la filosofía, como hemos comentado anteriormente. Un gran acierto de la autora, algo, además, esencial en cualquier estudio teórico que aspire a tener una base metodológica rigurosa, es el hecho de que sus planteamientos están constantemente apoyados por los textos originales, bien aparezcan en forma de cita directa, bien indirecta. Esto permite acceder a las doctrinas *reales* de los autores, sin caer en el error de acceder a su pensamiento a través de paráfrasis indirectas de otras obras teóricas posteriores. De este modo, por ejemplo, se hace evidente la dualidad del pensamiento de Platón en torno al mito: siendo las ficciones meras copias de copias de ideas, en su polis ideal donde el hombre ha de aspirar a la verdad (28), estas no tienen cabida; sin embargo, para el filósofo el mito “parece ser la única forma válida de transmitir ideas” (29), y cita la autora las palabras de Platón (en boca de Sócrates en el *Fedón*, 114d), quien, tras explicar los lugares del inframundo adonde van las almas de los hombres según su comportamiento en vida, se defiende:

Desde luego que afirmar que esto es tal cual yo lo he expuesto punto por punto, no es propio de un hombre sensato. Pero (...) una vez está claro que el alma es algo inmortal, eso me parece que es conveniente y que vale la pena correr el riesgo de creerlo así (...), razón por la que yo ya hace rato que prolongo este relato mítico.

Así, aunque rechazado en la postura oficial, Platón hace uso del mito porque, en ocasiones, es la única forma válida de transmitir ideas.

En esta misma línea, el recorrido mítico continúa a través de la etapa de consolidación del Cristianismo, que supone un gran desprestigio del mito como visión del mundo. Señalábamos anteriormente que nuestra historia cultural se ha desarrollado como producto de la tensión entre dos posturas: una que aceptaba el mito como método válido de conocimiento y otra que lo rechazaba, presentes ambas en todo momento histórico. Siendo la postura oficial ante los textos paganos, que utilizaban el mito entre sus versos, la de rechazo, con Orígenes a la cabeza, existe aún una alternativa más conciliadora que admitía la interpretación alegórica para extraer cuanto de útil y provechoso hubiese en los autores antiguos.

El Renacimiento, época de grandes cambios y avances, cuando el griego vuelve a occidente de mano de los refugiados bizantinos que huyen de Constantinopla y del ataque del turco, hará uso (y abuso) del mito en un intento de volver al mundo clásico, de imitar a los grandes poetas, y de conjugar antropocentrismo y razón en una cosmovisión nueva de profundos tintes platonizantes. Sin embargo, presente aún la dualidad mencionada, en las últimas décadas del siglo pasado se ha comenzado a valorar en su justa medida un humanismo “lingüístico”, que supondrá la renovación de aquel antiguo conflicto entre sofistas y filósofos que culminó en Grecia con el triunfo de la razón en detrimento del mito, y que aquí recuperará la retórica como disciplina de dimensión social y reivindicará el lenguaje literario y la metáfora como métodos de conocimiento por sí mismos, porque “son justamente la metáfora, la poesía y la ironía las que hacen patente lo que el pensar y el hablar racionales no son capaces de desvelar”.¹

El siglo XVII supone el nacimiento de la “Edad de la Razón” (55), que culminará en el XVIII con el Siglo de las Luces. En un intento de despojar al hombre de todo lo irracional que pueda poseer, de hacer lógicas las disciplinas más emocionales y de alcanzar el conocimiento universal, la ciencia que primará sobre todas las demás será la matemática, por lo que las consecuencias para el lenguaje y, a través de este, para los mitos, serán nefastas. Entre otros, Francis Bacon (1561-1626) atacará, esgrimiendo la razón como arma, a aquellas “falsas ideas que proceden de nuestra naturaleza humana (...) o de los dogmas filosóficos transmitidos por la tradición o incluso (...)

¹ Ernesto Grassi, *La filosofía del humanismo. Preeminencia de la palabra*, Barcelona, Anthropos, 1993, p. 179.

del modo en que usamos la lengua”.² Pero entre los defensores del racionalismo se esconderán también algunos que propongan un sistema distinto a la razón, que tenga por cierto que el hombre solo puede acceder a lo humano, pues su conocimiento nunca será universal, sino contextual y más verosímil que verdadero. Y la forma de acceder a él no sería la ciencia, sino las disciplinas más cercanas al hombre: literatura y retórica. Un claro ejemplo de esta “singular rareza” será Giambattista Vico (1688-1744), el gran crítico de Descartes.

El ámbito alemán será clave en los siglos XVIII y XIX con el Romanticismo y el Idealismo, en un intento de conciliar dos elementos, razón y sentimiento, tomando como modelo una Grecia que aspiraban a imitar. Será la época clave también de la hermenéutica, con figuras como Herder, Humboldt o Schleiermacher, que sentarán las bases sobre las que después se desarrollará la disciplina. En ese momento también se erigirán como algo esencial la concepción del símbolo (la unión sintética e indisoluble de una idea y una imagen) frente a la alegoría (donde un concepto racional preexistente se traduce después a imágenes, de forma que se puede separar y recrear) que defiende Goethe, y la distinción de símbolo (como experiencia originaria) y mito (narración lingüística ya racionalizada) que propone Creuzer. En el dualismo razón-mito, que en este siglo había tomado forma con respecto al modelo griego como una Grecia apolínea, más racional, y una dionisiaca, más cercana a lo mítico y primigenio (idea con la que continuará posteriormente Nietzsche), será fundamental comprender los postulados de todos estos autores, pues nos permiten hoy adentrarnos en la verdadera esencia de esa distinción y en las implicaciones que trae consigo y que se extienden a todos los ámbitos de la sociedad.

El último apartado, consagrado a la concepción del mito en el siglo XX, abarca en espacio casi tanto como los restantes seis unidos, y es que en este último siglo, frente a la identidad más o menos unitaria que manifiestan los anteriores, se han dado alternativamente corrientes y posturas opuestas en torno a todas estas ideas a lo largo de su evolución, aunque se pueden aislar dos tendencias mayoritarias: por un lado, la que busca entender el mito desde una perspectiva científica, como la Escuela Antropológica Inglesa o el

² Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona, Crítica (Grijalbo/Mondadori), 1994, p. 178.

Estructuralismo; por otro, la que mantiene la visión del mito como elemento simbólico, aspecto heredado del Romanticismo e Idealismo alemanes, como el psicoanálisis, la Poética de lo Imaginario, etc. A esto se hace necesario añadir, además, aquellas ramas del saber, como pueden ser la Retórica, la Hermenéutica o la Literatura Comparada que, aun no dedicándose exclusivamente al mito, plantean presupuestos o análisis cuya aplicación a la materia mítica permite tener nuevas perspectivas y una visión más amplia y más completa.

La historia del hombre europeo occidental está marcada por figuras de la talla de Platón o Kant, pensadores, filósofos, autores por cuya producción filosófica y crítica el ser humano se ha visto obligado a sobrevivir sin poder disfrutar de una existencia plena, al habersele arrebatado algo que le es propio y que lo distingue del resto de seres de la creación: el sentimiento y la pasión del alma. Estos elementos, que se encarnaban en los primeros mitos, fueron rechazados por el pensamiento oficial y aceptado, y no ha sido hasta casi nuestros días cuando se ha comenzado a revisitar el pasado cultural, social y literario (y también el mítico) para comprender y re-estudiar sus componentes. A lo largo de esta historia, diversos autores y corrientes, algunos de los cuales hemos mencionado aquí, han defendido el mito, lo simbólico, lo 'irracional', no en un ataque contra la razón, sino más bien en un intento de lograr que todas las piezas que componen el puzle del hombre encajen, unidas, pues así fuimos concebidos. Privar al hombre de la razón es tan grave como arrebatarle lo subjetivo y lo sentimental. La dualidad que se ha enfrentado en nuestra historia no es más que la doble cara de una unidad y, si una de sus partes falla, el resultado no será el mismo.

Pensar en imágenes. Los conceptos de mito, razón y símbolo en la cultura occidental es una mirada al pasado con ojo crítico, es la defensa de quienes aceptaron el mito y lo simbólico como acceso válido al conocimiento y como vehículo transmisor de valores universales, y una guía esencial para quien quiera acceder de primera mano a las 'otras visiones'. Me falta, a lo largo de la obra, o al menos en su parte final, algún apartado a modo de conclusión que esboce de forma sintética las líneas generales de estos otros pensadores y pensamientos, si bien es cierto que una compilación de saber tan amplia y detallada debe trazar sus límites en algún punto. En cualquier caso, se trata de una obra fundamental como punto de partida para replantearse las ideas que tenemos en torno a conceptos tan extendidos como el de mito, símbolo, razón o conocimiento, hasta que esas

reflexiones alcancen, necesariamente, el ámbito que les corresponde:
el de la cultura humana.

SARA SEGOVIA ESTEBAN
Universidad de Valladolid